

Pólvora

—Mi nombre es Marta y crecí con pólvora.

Así se presentó Marta Tabares. En sus cuarenta años de existencia, jamás había asistido a una sesión de terapia grupal y jamás pensó que lo haría.

—¿Había armas en tu casa? —preguntó la moderadora del grupo con preocupación experta.

—¿Cómo se le ocurre? —contestó Marta fingiendo indignación—. Mi papá vendía fuegos artificiales. Como dije: crecí con pólvora.

Así concluyó Marta Tabares. No volvió a hablar y el resto de la sesión se limitó a escuchar a los demás participantes quienes abordaron varios temas: vicios, violencia, guerras, muerte, traumas; en fin, temas que parecían pesar mucho más que la pólvora. Una hora después, Marta salió de la habitación en la cual sólo había revelado con qué había crecido y se encontró alumbrada por el sol mañanero. Llevaba sandalias blancas, cada una con un lazo de plástico transparente como adorno, unos pantalones jeans, una remera roja de algodón, sus ojos atigrados de siempre, su cabello negro azabache y la cabeza a punto de explotar.

No podía dejar de pensar en la pólvora. Lo dijo como un chiste, una forma entretenida de perder y hacer perder el tiempo; pero ahora podía sentir los granos de pólvora dando vueltas en su cabeza como balotas en sorteo de lotería; podía oler la pólvora amontonada en la sala de su casa de infancia al lado de la televisión; podía ver la pólvora quemada desprenderse como un gas de la cola de un cohete demasiado colorido, y podía recordar a su papá. Las balotas en su cabeza daban vueltas y se calentaban más y más hasta que explotaron en un solo pensamiento: «Tengo que ir al negocio».

El negocio Pólvora Tabares había estado en la misma esquina de la ciudad desde que el papá de Marta lo fundó en los años sesenta. Siendo en ese entonces sólo un pobre inmigrante, Don Gabriel Tabares García levantó su negocio desde el piso, comprándole

el local a un paisano gallego y usando la pólvora que tanto daño le había infligido a su añorada España durante la guerra civil para hacer color, sonido y fiesta. Luego de conducir ansiosamente por unos quince minutos, Marta estacionó su auto enfrente del negocio por primera vez desde que se fue de la casa. Se bajó del auto y caminó hacia la puerta principal mientras sus manos dejaban salir un sudor que cada tantos segundos tenía que secar en sus jeans. Abrió la puerta, activando así el sonido de campanitas de puerta y el sonido de la voz de su papá.

—¡Buenos días! Bienvenida a Pólvora Tabares —dijo Don Gabriel Tabares, con carisma de vendedor—. ¿Cómo le ayudo?

—Buenos días —respondió Marta con tono seco—. Sólo estoy mirando por el momento.

—Bueno, cualquier cosa me avisa.

Don Gabriel no había cambiado mucho. Tenía su remera blanca de siempre, su pantalón de camuflaje militar, sus botas con punta de acero y su actitud de niño grande, la que siempre lo atrajo a los colores y a la luz de los fuegos artificiales. La gente decía que Don Gabriel o debía cambiarse la ropa o debía cambiar quien era, porque las dos cosas no eran compatibles. Marta, por su lado, sí había cambiado, tanto que Don Gabriel parecía extrañarse de que esta clienta se pareciese tanto a su única hija.

—¿Segura de que no le ayudo con nada?

Hizo la pregunta menos por querer ayudar y más por querer hablar con esta mujer que miraba los fuegos en su negocio con tanta familiaridad, como su hija Marta lo habría hecho, pasando la mirada por las estrellitas en cajas rojas, los cohetes con silbido en cajas anaranjadas, las bengalas en cajas amarillas, los fuegos que explotan con ruido de metralleta en cajas blancas con plateado y los que explotan con ruido de bomba en cajas doradas con rojo. Marta dejó de mirar los fuegos y volteó a ver el rostro de su papá, un poco más arrugado de lo que inicialmente había percibido, pero igualmente lleno de juventud. Se percató de lo largo del silencio y contestó con tono firme:

—Totalmente segura.

Sintió su cuerpo llenarse de un frío profundo, como cuando de niña la explosión de un fuego artificial la dejaba congelada del susto. Había pasado mucho tiempo y su papá nunca fue el más consciente de su entorno, como buen niño. Sin embargo, pensó que al verla la reconocería. Respiró hondo, apenas a través del frío, y se preparó para leer en alto lo inscrito en las balotas que le daban vueltas en la cabeza: *Cómo pasa el tiempo; A veces te extraño; A veces te odio; ¿Cómo no me reconoces?; No sé para qué vine.* Las leyó en su mente, en silencio; pero antes de poder leerlas en alto, el frío congeló las palabras en su pecho.

—Muchas gracias —dijo, despidiéndose sin saber por qué—. Que tenga un buen día.

—Gracias a usted. Igualmente, y si llega a necesitar algo, jaquí la esperamos! —respondió su papá, tapando con más carisma de vendedor la decepción que sintió a causa de la despedida tan pronta de esta mujer tan familiar.

Marta forzó una sonrisa, se dio la vuelta, y salió por donde entró, reactivando las campanitas. Volvió a su auto, entró, lo encendió, prendió el aire acondicionado, trancó las puertas, buscó sus gafas de sol en la guantera, las encontró, se las puso, y comenzó a llorar: por los vicios, la violencia, las guerras, la muerte, los traumas y, finalmente, por la pólvora. No había llorado en años. Sentía cómo el llanto calentaba el frío en su pecho, derritiendo lo que nunca dijo y sacándolo por los ojos en forma de agua cálida. Secó las lágrimas en sus jeans y despegó hacia su casa, liviana como un cohete, más liviana que nunca.

Mientras tanto, en una mesa en el depósito de Pólvora Tabares, Don Gabriel Tabares García continuó trabajando en un nuevo diseño: un fuego artificial que explotaría en forma de corazón.